

PLIEGOS  
DE LA  
ÍNSULA

# BARATARIA

REVISTA DE CREACIÓN LITERARIA Y DE FILOLOGÍA

Nº 2. PRIMAVERA 1995



PREMIOS LITERARIOS  
1993-1994

# UNIVERSIDAD DE ALCALÁ DE HENARES

## NARRATIVA

Primer premio:

De la mano

*Marta Cabrera Montalat*

Segundo premio

Las sobras o el mito de la ignorancia

*Pablo Fernández*

Tercer premio

Azul

*M.A. Pizarro*

## POESÍA

Primer premio:

Tragedia del micrófono averiado

*Luis de Blas*

Segundo premio:

El trapecio

*Ana M. Santos Payán*

Tercer premio:

La vejez de don Juan

*Jesús Izquierdo García*

**PREMIOS LITERARIOS**  
**1993-1994**  
**DELEGACIÓN DE ALUMNOS**

**FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS**

## DE LA MANO

Marta Cabrera Montalat

### I

Siempre me han gustado mis manos. Son pequeñas y blanditas, como si los huesos que las vertebran fueran de goma, casi de aire espeso y líquido. Las uñas parecen conchas diminutas, como mis pechos. Pechos de niña puta, pechos de virgen preñada, de ninfómana Inmaculada esunaniñaputaesunaputaniña. Y las conchas se desperezan rosadas cuando intentan sostener o acariciar.

Están unidas al resto de mi cuerpo por unas muñecas delgadas, casi frágiles, cubiertas de bello suave y oscuro. Son manos mediterráneas. Supongo que es allí donde comienzo a sentirlas, justo donde empiezan a ser ellas y donde nacen las sensaciones que me permiten percibirlo que me rodea.

Sé que las sensaciones táctiles no se reducen a las manos. Sé que toda nuestra piel es capaz de sentirlas y que, por supuesto, no es la única forma de percibir y sentir que tiene el ser humano. Pero, del mismo modo que hay gente que le entra el mundo por los ojos, o por el pelo, siempre se ha introducido en mí por las manos.

De alguna manera es como si mi existencia se redujera a un par de miembros donde se concentra todo mi ser. Y es a través de ellas cómo me comunico con el exterior y, en ocasiones, conmigo misma.

Cuando observo viejas fotografías siempre me fijo en mis manos. Suelen aparecer lánguidas y suaves, colgando de un cuerpo que no identifico como el mío hasta que las he descubierto a ellas. Es necesario que me miren desde el papel para sentirme compenetrada por completo con esa imagen que es la mía, para descubrime entera y sin fisuras, para identificarme con mi cuerpo.

Me gusta contemplarlas fijas en un instante que ha sido fugaz, me relaja esa visión de una parte de mi cuerpo tan voluptuosamente ligada a mi esencia.

Porque son voluptuosas mis manos, y son pequeñas. Y suaves como una axila caliente.

## II

El primer contacto con mi madre fue a través de mis manos. Con ellas intentaba aferrarme a un olor tibio y dulce de labios hinchados y puntos de sutura. Con ellas estrujé un pecho pleno y blanco antes de restregar mi boca abierta contra él sin conseguir otra cosa que hacerlo brillar con hilillos de baba.

Aquellas manitas fueron descubriéndome texturas sorprendentes, incluso sensaciones cromáticas que no sabía nombrar todavía. Como el ciego de Nabokov que era capaz de sentir los colores con sus manos temblorosas. Y empecé a distinguir el cristal frío, la piel suave o reseca, el pelo torbellino, las telas, la tierra: la vida.

A través de ellas conocí el olor de mi propia orina: misterio de líquidos y flujos que nadaban mi interior. Las galletas pegadas a los dedos de tanto chuparlas. Cinco lobitos tiene la loba. La viscosidad dulzona de los caramelos. El chapoteo del barro. La dificultad de sostener el lápiz para hacer la eme con la a. Una tirita en el dedo exhibida con orgullo. Niña, como vuelvas a perder una manopla te vas al colegio sin guantes. El dedo en la nariz. Dos y tres, cinco (dedos volando bajo la mesa). Jesusito de mi vida con las manos entrelazadas. Una canica reluciente en el hueco gordezuelo de una mano mientras la otra se aferra al pantalón de Papá. Sombras chinescas en la pared. Manos manchadas de tinta. El olor a mandarina que siempre persiste entre los pliegues. Dormir con la mano perdida entre los muslos.

## III

Amo los objetos que me rodean. A lo largo de nuestra vida estamos jugando con ellos constantemente (me gusta cómo suena esta palabra, algo así como la ropa que va cayendo al suelo circulamente). También adoro ese juego constante entre lo inerte y lo sensible. Aunque es lo inerte lo que hace sentir a mis manos en cierto modo, y en ese modo cierto la complicidad les hace más vivos, o a mis manos más minerales (¿vegetales?).

Por eso mis manos a veces son objetos: un nido en la rama, una concha en tu arena, un cuenco en la fuente, un abanico en agosto, gargantilla en el cuello cenicero en el transporte público, rosa en el pecho (otra vez). Hace tiempo mi mano fue piedra en el bolsillo durante casi seis meses. Pero ya pasó.

Cuando estoy triste toco cristal. Y ese contacto hace que, inmediatamente, comiencen a rodar lágrimas ventana abajo. Da igual que el sol palpite en el cielo con rotundidad, las ventanas llueven porque mis manos están tristes. Y eso basta. Una vez las gotas fluían hacia arriba, pero eso fue porque estaba completamente desgarrada por la tristeza, casi muerta. Como nunca he vuelto a estar tan triste no ha vuelto a suceder.

Si tengo miedo toco madera. Entonces surcan mis manos gotas de savia antigua como un mueble para reconfortarme. Y como es sabia sabe cómo calmarme con palabras añejas color caoba que abrazan mi alma temblorosa.

Sólo cuando río me tocan todas las cosas a la vez. Se agolpan en mi mano todos los tactos del mundo y los distingo uno por uno al mismo tiempo. Y reímos juntos porque somos felices y conscientes de habernos abandonado a nosotros mismos.

De vez en cuando no toco nada. Es porque están muertas mis manos. Pero siempre resucitan, en cuanto notan un poco de calor que las desperrece.

#### IV

El agua tiembla en su recipiente y mis manos con ella. Están quietas allá en el fondo, aunque tremolen en mis pupilas. Creen que son estrellas marinas y entonces las miro con ternura: tan quietas en el fondo del barreño, intentando teñirse de colores dorados y corales, un ojo abriéndose en el centro de la palma arrugada. Al agua no le importa su presencia callada. Sabe que es libre y por ello nada teme.

Cuando el agua anda suelta todo es distinto: mis manos se vuelven azules y no pueden atraparla. Nada mis dedos verdosos de algas, resbala gotas por la palma, vuelve salada mi piel, escapa mis huecos llenos de agua que se repite a sí misma reflejo infinito.

Entonces mis manos sujetan un espejo inverosímil que corre ríos y valles, montañas redondas como lunas perdidas en su fondo. Submarinos mis dedos entrelazan corrientes, corren entrelazados surcando el misterio de lo que sientes y no tocas, de lo que no se puede poseer.

Tacto acuático de cascada que relaja, de chorro que salpica la conciencia de unas manos excitadas por un ser impotente y deseable hasta el desgarro.

Una aguamarina engarzada en oro reluce mi índice mientras parpadea un trozo de mar en mi corazón.

## V

A oscuras buscan mis manos algo que las llene. Tientan la negrura fría, avanzando los dedos: tímidos, voraces. Una mano buscando otra, acople instantáneo de pieles. La fricción produce temperaturas, sonidos callados, susurros epidérmicos que brotan palabras sucias, dulces montados a punto de nieve chocando en los oídos.

Busca la mano los cinco rincones exactos a sus dedos, busca su propia presencia en la huella que ha dejado en el cemento viscoso de NO TOCAR, busca desesperada la mejilla donde estallar su rabia, busca tocar el aire que la eriza (acto que culmina a toda velocidad con la ventanilla del coche bajada y los dedos gritando con una boca enorme), busca posarse, ajuste divino, en la redondez cálida de un pecho que espera.

Busca la mano a su compañera: en los encuentros formales, en los corros infantiles, en los actos solidarios, en

Es onanista la mano, se busca a sí misma y se encuentra perfecta.

## VI

El barro gira amorfo en espera del contacto. Las teclas también duermen su sueño apacible. La piedra respira hacia dentro su estado potencial. La tierra descansa en posición horizontal. El pincel cabecea babeando sobre un tarro de cristal. La madera cruje notas sordas en su abandono. Las tijeras cruzadas de piernas sienten cómo se han dormido sus extremidades.

Sólo la mano puede despertarles. Extraer la figura, la palabra precisa o preciosa, escupir el alma pétrea, arrancar el fruto, mezclar el color, peinar la talla, morder vacíos.

Y es que la mano crea, y cuando en ella se posa la belleza ofrece al mundo, una ofrenda a los dioses, lo único que puede salvar al ser humano de la miseria que esconde su grandeza.

## VII

La piel se desliza, caliente, bajo mis diez yemas. Surcan perfiles y simas, cráteres de magma salada. Descienden (alegres como perras) de la nuca, por el surco divino de la espalda, hacia donde se hace más profunda la hendidura, esa redondez trémula en la que se abren mis palmas antes de entrar a quemarse en la falla oscura.

Vuelven mis manos a pasear paisajes. Vuelo rasante de los dedos sobre en hombro tenso, en busca del tesoro oculto en la axila: anhelado paraje donde enmarañarse toda, tibieza escondida tras un cierto aroma sutil y primitivo, amargo y adorado.

Luego la delicadeza de la cadera viene a llenar el hueco de mi mano abierta, los dedos hacia arriba, rozando apenas el vientre que jadea, gozoso, mientras las pieles se hablan: se dicen cosas guarras al oído o se besan dulces palabras.

Me demoro en el vientre otro instante y subo despacio la palma, sólo los dedos danzando sobre sus puntas. Y llego a un sexo que me sonríe con ternura: lo abrazan mis dedos felices de llegar a su destino, juegan los once al amor, nadan juntos hacia el centro del Universo donde todo nace y muere, eternamente.

Enredado el pelo como caracolas locas, rueda todo en un torbellino de carne tibia, muerden mis manos ávidas de posesión. Se me agarrotan los dedos cuando siento una lengua, diosa ardiente, deslizándose por el centro de mi eufemismo.

Después duerme la mano entre unos muslos que no son los míos.

## VIII

La misma mano que ama, la que salva y acaricia, es la mano que mata. A veces mis manos buscan un cuello, desesperadas con ansia irreverente buscan el cuello dulce. Tensos los dedos como cables, abiertos los tendones de tantas ganas, ciegos de desesperación se acercan a la presa. Revolotean con ternura el cuello amado, acarician, llaman, dibujan y lloran su felicidad. Y entonces se clavan con firmeza. Garfios improvisados, aprietan en estertores límpidos, desgarran la piel y se introducen, por fin, en un cuerpo.

Gozan su victoria conscientes de lo hermoso que pueda tener la crueldad. Se sienten saciadas y abatidas como después de un orgasmo.



En estos momentos siempre pienso que yo no tengo la culpa. No ha sido mi voluntad partícipe de una muerte. Ellas siempre han tenido independencia; cuando lo cren oportuno se desligan de mi cuerpo y actúan por sí mismas. Yo no puedo hacer nada por retenerlas, soy infinitamente más débil que ellas.

Cuando un resquicio de remordimiento viene a torturarme me consuela contemplar la bellaza de la sangre resbalando mi mano extenuada mientras deslizo la punta de la lengua por mis diez uñas teñidas de rojo.

## Las sombras o El mito de la ignorancia

Pablo Fernández García

Cuentan las crónicas de esta vieja ciudad, que ha muchos años hubo una bestia, la cual aterrorizaba a las buenas gentes. Durante siglos, los más ancianos, al calor del hogar, relataban que quien la vio vagar en noches sin luna, por las orillas del Henares, perdió la razón y, con ojos de espanto, nunca más articuló palabra, sonido, ni gemido, quedando su mente vacía hasta la muerte.

Por entre los yermos barrancales, un rugir jamás oído, causaba terror a cuantas osadas criaturas, se aproximaban a aquellos cerros del otro lado del río. Algunos aseguraban que sus lamentos, su bramar tenebroso, resonaba por calles, plazas, callejas, patios y corrales. Otros, cohibidos, presos de todos los miedos, cerraban puertas y ventanas con cien aldabas; luego, permanecían juntos, acurrucados en el rincón más escondido de sus casas.

Hubo alguien que aseguró haber visto a la bestia pasearse por las calles de la ciudad en madrugadas con tempestades llenas de rayos y centellas. Mas nadie pudo acreditarlo debidamente, porque desde cuando comenzaba el caer de la noche, los lugareños dejaban sus quehaceres y permanecían ocultos hasta que un nuevo amanecer inundaba de sol los campos.

Los más, aseguraban como enorme el tamaño del animal: de fauces desproporcionadas; garras afiladas, cual cuchillo de gigante; ojos sanguinolentos, hirientes, centelleantes; en la oscuridad, verdaderos volcanes de fuego; eso sí, incapaces de aguantar un solo rayo de luz.

Fuera como fuere, la bestia gustaba de alimentarse con los individuos más jóvenes, incluso de hasta tempranas edades: doncellas y mozos evitaban las sombras en soledad. Aquellas, siempre iban acompañadas de padre, hermano o familiar. Los mancebos, por no parecer cobardes, a veces, se atrevían a llegar hasta los campos, en grupos de tres o más. No es que no creyeran en sus fuerzas, únicamente pretendían vencer temores no confesados, aparecer ante los otros ocultando secretas precauciones y recelos. Entonces, se les veía caminar deprisa, oteando los horizontes más próximos, escudriñando, ya detrás, ya delante de ellos, las torrenteras de los montes, o entre los pinos, encinas, carrasqueras o cualquier otra sombra. De vez en

cuando, giraban una vuelta completa sobre sus talones, como disimulando, entre precavidos, nerviosos y avisados.

La ciudad, mi vieja ciudad, padeció durante siglos las amenazas de la bestia. Este cronista, tras indagar exhaustivamente en pergaminos, códices y legajos, ha podido concluir con amplio margen de rigor, que hubo contados lapsus en los que no apareció, ni se oyeron sus rugidos, ni hubo humano que alcanzara las causas de tales desapariciones puntuales.

Del mismo modo, es sabido, que durante años, cabildos y concejos, cuando no otras instituciones, tanto públicas como privadas, fueran civiles o eclesiásticas, dedicaron sus mejores energías a diseñar planes, urdir tramas, posibilitar medios, para que los ciudadanos se vieran libres de aquella amenaza, la cual, según decían, había mermado el número de mozos y mozas de Alcalá y sus contornos.

Y acredita un legajo que ha llegado hasta nosotros, que hombres de seso, experimentaron la amargura del fracaso, pues, cuando ya creían haberla destruido, un rugido siniestro en la noche de invierno, hacía palidecer a tan orgullosos ingenios. Luego, humillados, decían que los poderes de tan bárbaro animal procedían de los infiernos. Entonces solicitaban de los obispos, religiosos, arciprestes, clérigos y abades, no sólo bendiciones, sino también rogativas, plegarias, novenas, rezos y hasta conjuros.

Ministro hubo, que en sus homilias de domingo, invocaba la venganza de Dios sobre cuantos hombres de conducta perversa, con malvadas y aviesas intenciones, acarrearón que El permitiera la apertura de los dichos infiernos para dar libertad a tan siniestra fiera.

Legos y sacristanes, caballeros de sangre pura, beatas y damas tocadas de mantilla o velo, se santiguaban de continuo, bisbiseando hasta en voz alta, letanías, jaculatorias, salmos y toda suerte de misterios.

¡Nunca los tiempos conocieron tantos arrepentidos, penitentes, esforzados y limosneros!

De este modo, enseguida medraron pobres, pícaros, cortones, chamarileros, desvalidos, menesterosos, rufianes, alcahuetas y todos los amigos de lo ajeno. Ellos conocieron tiempos de dicha.

Otros, por el contrario, no tuvieron la misma suerte: posaderos, vinateros, mujerzuelas, comerciantes, jugadores, mercaderes, buscavidas y donjuanes, vivieron malos momentos.

En este punto, se hace preciso, para una mejor comprensión de tales aconteceres y tamañas desventuras, informar de aquellos momentos más significados, así como de sus trascendentes consecuencias y derivas. Advertimos, no obstante, que por deseo y voluntad de los distintos cronistas, cuantos hechos aquí se refieren, no han sido contrastados debida y adecuadamente en todos sus extremos. Con el fin de aliviar fechas, las cuales no quedarían en el recuerdo del lector, haremos memoria de acontecimientos cuya acreditada relevancia tuvo notable influencia entre hechos o sucesos llamados históricos. Así lo hizo el primer cronista, árabe de origen; nombrado Cide Hamete Al-Kalás, coetáneo y conocedor de aquel otro Cide Hamete Benengeli, sustancial colaborador de un Don Miguel de Cervantes. Al comenzar su crónica dice:

“Se procesionaron santos y reliquias.  
Se entonaron cantos y proverbios.  
Se acudió a conjuros y bebedizos.  
Se organizaron justas y torneos.”

Más adelante relata cómo de lejanos países llegaron esforzados caballeros osados, astutos, atrevidos, ingenuos, mercenarios, vendedores de mil batallas, curtidos en mil duelos, abogados de viudas desvalidas, de doncellas y huérfanos,...mas...

“Ellos todos de su intento volvían: pálidos, desgarrados, contrahechos.  
No de su lucha con la gran fiera, porque nunca delante de sí la vieron.  
Era del miedo que allí pasaron, de angustia, de temor y de canguelo.  
Nunca más montaron a caballo, nunca volvieron a enfundarse el peto;  
porque desde aquel aciago día, de vejiga y de vientre andaban sueltos.  
Otros sudaban con tal cuantía, que oxidando la armadura de acero,  
para quitarla luego precisaron, esfuerzos denodados de algún herrero.”

El más conocido de ellos, resultó ser un famoso hijodalgo, que, según el relator, era llamado Don Aquilino de Aquitania y ...

“El, no era de la Francia, simpático hermaso y buen puesto;  
sino de un pueblo junto a Oviedo, en demasía, fanfarrón;  
era joven y arrogante, algo sucio y .., un poco necio”.

Algunas páginas dedica el autor, expresándose en prosa de esta forma rimada, para contar su llegada a este pueblo. Luego continúa ocupándose de Aquilino de Aquitania, y añade:

“Sus hazañas contaban sin parar los posaderos; algo menos los soldados;  
mucho más, doncellas desdoncelladas; en voz baja lo decían,

casadas con gran señor, de buena casa, mucha virtud y mayores rezos;  
incluso alguna abadesa que, dábale posada sólo, en su celda del  
convento.

.....

Era terror de judíos, de moros y aventureros.

Nadie vio temblar su espada.

Nadie, jamás, pudo mirar su trasero,

porque siempre dando la cara,

de esta suerte y postura, nunca verlo pudieron.”

Otro juglar que tenía un poco de clérigo, pues no en vano paseaba con un  
sacristán del convento, menos prosaico y más lírico, lleno de versos y rimas, acertó a  
componer canción que todos aplaudieron. El así la decía en las plazas de los pueblos:

“Aquilino, –lino, –lino,  
aquí vino de Aquitania,  
doncel que en buen hora nació,  
doncel que pronto ciñó espada.

Tú eres cid, eres donjuán,

eres ya gloria de España.

Nos defiendes de todo mal,

eres nuestra luz y camino,

Aquilino, –lino, –lino,  
aquí vino de Aquitania.

Cada vez que tú te vas,  
nos parece otra escapada.

Ya llegan nuevas”nuevas”,

escritas en pergamino,

Aquilino, –lino, –lino,

Aquilino de Aquitania.”

Con semejante letra y un animoso y adecuada ritmo, no es extraño que,  
durante muchos años fuera, a los sonos del laúd, la canción preferida de jovencitas y  
solteras de toda edad.

Aquilino de Aquitania, a pesar de todo, fracasó en su intento. Nada se supo  
de él. Tal vez ingresara en algún convento con o sin abadesa; mas permaneció su  
memoria en la canción.

Corriendo de boca en boca, llegaron estos aconteceres, con algún año de  
retraso, a oídos del rey. Impresionado, en plena oscuridad del medioevo, decidió  
nombrar un corregidor para la dicha y desventurada ciudad.

Este corregidor, decrépito ya, viejo desde siempre, cuya virtud fuera, el que  
como tuerto del su ojo izquierdo, parecía malencarado, una tarde en carro de mula

llegó a estas tierras. Su fama venía más de su incapacidad para articular palabra, que de otras luces: tardo de inteligencia, cuando había de decidir, los escribanos, deseosos de acabar con aquellas interminables conciliaciones, dictaban sentencia al tiempo que el corregidor hacía un gesto con su mano derecha e índice estirado, el cual acompañaba con una especie de resoplido entre húmedo y disipado, a causa de no poder sujetar la inundación que se escapaba por la escasez de los dientes en su amplia boca.

No quiso Don Diego Calzada de Albotijín que pasara un día sin cumplir las órdenes de su señor el rey. Puso de inmediato manos a la obra convocando a junta a todos los miembros del concejo, a los del cabildo y a los grandes señores de Alcalá. Así mismo invitó a dos o tres letrados y varios clérigos. Luego, nombró cinco alguaciles para cuestiones de orden y evitar que a las sesiones se llegara el pueblo deslenguado, las más veces; provocador de alborotos siempre.

Al segundo día, en una sacristía de alguna iglesia, no confesada para evitar filtración y mirones, se reunieron en secreto conciliábulo. Cerradas las puertas tras entrar Don Diego, todos a su señal tomaron asiento en los bancos y escaños dispuestos al efecto. Al frente, detrás de una robusta mesa, veíase al corregidor, aunque cuantos se encontraban sentados, más que verlo, lo adivinaban debajo de aquel bonete con borla, que se movía inquieto. Delante de él, en el medio de la estancia, los escribanos. El lado derecho era ocupado por los clérigos y señores. Enfrente, el concejo y los letrados.

Al tiempo que Don Diego alzaba su mano para demandar silencio, su escribano mayor, con voz ronca y aguardientosa, se levantó para advertir:

—En nombre de nuestro Señor el Rey, el Señor Corregidor Don Diego Calzada de Albotijín, ...iubre esta sesión!.

Se hizo un silencio inútil en extremo. El corregidor no pronunció palabra, por no mudar costumbre; después de un tiempo, ante el agitar de manos animando a intervenir, que salía de detrás de la mesa, habló el primer miembro del concejo.

—Señor, esta noble ciudad, cuyas tan pacíficas como trabajadoras gentes, vienen desde siglos atrás padeciendo la persecución, el asedio e implacable amedrentamiento de tamaña bestia. Han sufrido en sí mismos o en sus vecinos, que tanto da, el rigor de las mayores desventuras. Jamás, clan, tribu, lugar o lugarejo, castillo, señorío, villa o villorrio, poblado, pueblo o población, burgo, ciudad, urbe, capital o metrópoli, ni localidad ni aún comunidad, se encontró en el pasado, ni se

encontrará en el futuro atemorizada, como lo viene siendo desde inmemoriales tiempos esta de Alcalá, que hoy se honra con vuestra presencia.

El interviniente hizo pausa, colocó su capa con un movimiento de hombros y la recogió con su mano izquierda acortando el faldón de dicho lado. Su otra mano, primero se pasó por la frente como borrando algún extraño pensamiento; luego mesó con cierta lentitud sus cabellos grises y abundantes. Al fin, tras un ligero carraspeo, prosiguió:

— Pero este temor, es ahora, recelo, cuidado, canguis, pánico, pavor, miedo y terror a tan apocalíptica y horrificca fiera. Que nunca, señor, esta ciudad fue cobarde. Que nunca de sus ciudadanos, ni menos de este concejo, pudo decirse que su virtud no llegara lo más lejos. Nuestros antepasados lucharon contra el infiel, nosotros ahora lo hacemos. No podrá decir el rey, nuestro Señor, que de esta ciudad no obtuvo siempre ayudas o soldados que dieron su vida por el reino.

— ¿Por el qué?— Dijo el escribano que se había perdido en este punto.

— Por el reino.— Repitió sin alterarse un clérigo —.

A estas alturas, Don Diego se había acomodado con mucha conveniencia en su sillón. Apenas se veía mover el bonete, de un lado a otro del respaldo, por encima de la mesa. Su mano diestra sostenía la cabeza apoyando la barbilla en la palma y desperdigando sus dedos como sarmientos por la flaca y breve cara hasta llegar a los cabellos, que a modo de pelos de brocha, asomaban entre erguidos y grasientos, por debajo del arco del citado bonete.

— Aquí llegaron caballeros; —continuó el del concejo—, aquí, desfacedores de entuertos: aquí, alquimistas, magos, hombres de seso,... más ninguno pudo acabar con el maleficio. De nada sirvieron religiones, ni encerronas, ni conjuros, ni bebedizos, ni trampas, ni asedios, ni otras artes, porque de todas cuantas se supieron fueron probadas, pero sin rendimiento.

Estas últimas palabras,—según nos sigue diciendo el cronista Al-Kalás —, ya no fueron oídas por Don Diego, sino como extraños y bibrantes ecos que llenaban la sacristía, o tal vez, salas cortesananas que en una audiencia pisó el corregidor en otro tiempo.

Allí siguió un buen rato disertando el del concejo. Habló largo de historias aquí apuntadas, de otras que nunca ocurrieron aunque la imaginación y el miedo hicieronlas posibles. Cuando hubo acabado, por aburrimiento del personal que ya bostezaba, porque por él hubiera seguido desgranando toda suerte de aconteceres, ya

Don Diego Calzada de Albotijín despachaba una siestecita, que es de buen criterio escuchar atentamente y concentrado para un regidor del reino.

Y como entre sueños le llegaban las razones de clérigos y de letrados o de hombres del concejo, él se montó, soñando, su propio juicio paralelo:

“ Primero se vió en una jofaina de aguas tan cristalinas, que de verse desnudo ante sus criados, sintió vergüenza y recelo. Luego entró en la estancia una moza con sonrisa atrevida, casi descarada, portando un jarro de plata humeante de vapores. Ella, sin pedir permiso, inclinose sobre aquella gran jofaina y comenzó a verter el agua despacio, a chorritos, en silencio. Don Diego, algo aturdido, miraba ora su escote, ora su pelo, ora su risa, y... le pareció, que clavados los sus ojos en salva sea citar la parte, aquella risa sonaba a sorna, rechifla, y con perdón sea dicho, era un auténtico cachondeo. Presto tapó con sus manos, aquellas pobres dotes que le otorgara el cielo. Pronto unos sudores se notaron en la calva y en la frente, mas él no supo muy bien si eran del aturdimiento o de las aguas que estuvieron a punto de escaldarlo cual capón de corral en vísperas de festividad de patrón del pueblo.

Pasado el susto, limpio, aseado, vestido de sedas, viose él en una audiencia, presidiendo una sesión, ya no como corregidor del rey, sino como noble valido primero.

Allí estaba un cardenal nacido en Torrelaguna, según dijeron, clérigo enérgico y mandón, escalador de peldaños del poder, al que llamaban Cisneros. El daba las palabras a quienes las demandaban, con aire suficiente, grave y serio. Mientras cada uno hablaba, el cardenal escuchaba silencioso, atento, comedido. Varios hombres cultos, licenciados, algún estudiante o bachiller y, ¡ como siempre !, unos clérigos, discutían con vehemencia, razones y conciertos.

Sepamos cuanto escuchó Don Diego en su sueño, que fueron cosas extrañas por cuanto siglos después sucedieron; allí aparecieron personajes de quienes bien pudo ser, su tercer o cuarto tatarabuelo, si no hubiera sido porque él nunca conoció mujer, ni hubo esposa o allegada, la cual perpetuara su descendencia y estirpe.

Un tal Don Miguel, al que todos conocían por Cervantes, vino a decir:

– Aires de renacimiento soplaron años ha desde Italia, limpiando estas tierras de rojizos atardeceres, de reformas, de vergüenzas, de incapacidad, de mutismos y cegueras. Jirones de reconquista, nobles entumecidos de brutalidad, clérigos de misas



y predicaciones, así como muchos otros semejantes extremos, han llenado esta ciudad de miedos y oscuridades. En vuestras manos, vuestros señores, tenéis la harina con la que se ha de amasar este intento.

— Sea así. Mas para mí tengo, que no es problema de armas, sino... —repuso aquel llamado Francisco, cabezurro, un poco cojo, de mirar algo siniestro—,...de utilizar los caudales, sin hacer “dellos” dispendio. Vos y vuestros señores los reyes, habéis pertrechado un ejército para luchar contra un infiel que nos dejó más cultura, queoros o doncellas se llevó. — El silencio pareció agobiante, no sólo por el calor de la tarde, también por los dichos argumentos. Muchos miraban temerosos a Cisneros, pues podía constituir grave ofensa cuando Quevedo iba diciendo. Este, sin embargo, continuó su discurso —. Hasta nuestros tiempos, hubo pagos y deudas, tributos y muchos crímenes horrendos. Yo, señor, no creo en las guerras, ni en las armas, ni en la fuerza,...yo, señor cardenal, pienso...

— Vos no conocéis otro “pienso” que el que se da a las caballerías, ovinos y podencos.— Interrumpió aquel Don Luis, cortesano, calvo, de ojos inquietos y penetrante mirada —. ...nuestros monarcas han sido defensores de la fe, nos han liberado de infieles, de judíos, de barbarie. Nos han abierto eternidades, ¿cuándo vos así pensásteis, insolente, majadero, breviario de retorcidas ideas, mamarracho, y mujeriego?.

— Conozco yo, cultos de navegar, reprimidos, meapilas, cejjuntos, barbillados luengos, sermoneros de mil palabras vacías de razón y seso. Barrocos desconcertados, impotentes de tez cual pálidos sueros. Culteranillos “al dente”, por fuera muy pasados, por dentro, poco hechos. Entrecocidos por intentar filosofar, al final, alcanzarán con dificultad este pensamiento: “Aquí dejo este mundo, porque yo ahora me muero”. Y aún habrá que preguntarse para qué diablos vivieron.

— Señor Quevedo, tranquilidad y respeto.— Dijo el cardenal.

— Tranquilidad, ¡sí!, monseñor, que alterarme más, no debo. Mas, respeto para allegados, defensores de privados, de despolíticas, de desafueros y desgobiernos,...¡nunca!. Ellos comen la sopa boba; ellos, olla podrida; ellos, pichones, tórtolas, patos, tencas, tostones, tocinos de cielo. Ellos comen cabritos y ..nos tiran con los huesos. Si comieran... a “los padres”, nos tirarían con los cuernos. Vos, Don Luis, nunca conocisteis miserias, y aunque os cueste comprenderlo, yo desde hoy os anuncio, que en venideros tiempos, alguien más listo que vos, podrá decir que las religiones son “el opio de los pueblos”.

– ¡Don Francisco!,– reprendió con energía el cardenal–. ¡Eso es blasfemia!. Arrepentíos o tendré que entregaros al Santo Tribunal.

– Lo retiro, cardenal.– Se apresuró a decir entre dientes y descontento.

– Vayamos, señores al meollo,– propuso conciliador Don Miguel–. Se me antoja que no hubo tiempos en que esta ciudad, pudiera gozar del esplendor que merece. No lo digo porque sea cuna de mi nacimiento, sino porque ha de ser coronada de sapiencia y buen criterio, acorde con sus muchos siglos de historia y como testigo de distintas culturas. Que nunca pueda decirse aquí, que en los nidos de antaño, no hay pájaros hogaño. Es seguro, que andando los tiempos, aunque no pueda ser “un lugar de La Mancha”, sea un lugar del mundo envidiado e ilustrado por biblias y otros saberes e inventos. Vayan por este camino nuestros juicios y atajemos con luz la oscuridad.

– Yo no quisiera parecer descortés, pero como un nuevo Quijote, digo a todos: ¡Líbreos Dios de osados ignorantes, de atrevidos, de impertinentes profetas, de clarividentes esféricos, que mirándose al ombligo son, al fin y al cabo, anunciadores píos y a la vez mastuerzos!. “Donde no llegan las luces, lucen oscuridades”. No vayamos a dejar que, en estos tiempos, nos den candela los necios. –Luego, Quevedo, dirigiéndose a Cisneros, añadió: – A vos, cardenal, poco os cuesta procurar el remedio y consiguiéndolo, dejaréis memoria eterna “dello”.

Aún se escucharon otras muchas opiniones, las cuales no pudo entender Don Diego; tales como la que al final, oyó decir a Quevedo:

– Señores, “aquesta” no es hora ya de repetir argumentos. Dejemos los soliloquios porque han de buscarse soluciones. Cervantes y yo, somos del mismo criterio. En cuanto a vos, Don Luis, como no queréis aceptar nuestra razón, olvidad vuestras sinrazones, sed razonable y decid conmigo: ¡Coño!, qué razón, la razón de este Quevedo!”. No estiméis con ligereza, valorad con tino, prudencia y seso: Aquí falta cultura, escuela, inteligencia, y así., cardenal, hoy acabando con taimados, ignorantes y legos, mañana “desta” manera los jóvenes, serán libres y discretos. Mande construir una Universidad, y el problema está resuelto.

En aquel preciso instante, cuando con cara beatífica, Don Diego andaba escuchando a aquellos hombres de sus sueños, un trueno ronco y seso retumbó en la sacristía e hizo temblar los cristales de todo el templo. El corregidor, que hasta aquel momento había sido arrullado por el monótono discurrir de las

intervenciones del cabildo y del concejo, dio tan gran salto en su sillón, que los sentados lo vieron. Al tiempo con voz que sonó a flauta destemplada, gritó algo ininteligible. Algunos lo tomaron por estornudo; otros, sorprendidos, silenciosos y expectantes, se quedaron esperando, al no alcanzar su cultura para dirimir si aquello era latín o hebreo. El segundo escribano, el cual a la sazón levantaba acta, preguntó:

– Señor, ¿he de anotar eso?.

– Pues ¡no habíais de anotarlo!.– dijo enfadado el escribano mayor, quien como tenía acostumbrado aprovechó para dictar sentencia, no sin antes escuchar unos húmedos susurros que al oído le hizo Don Diego.

“En nombre del corregidor, Don Diego Calzada de Albotijín, proclamamos que: Esta ciudad de Alcalá acabará con la bestia por sí sola. La bestia ha sido creada por la ignorancia de sus buenas gentes. La leyenda ha hecho mitos de siglos de desconfianzas, de desconocimiento, de incultura. Todos los miedos serán desterrados por la inteligencia. Abrid nuevos horizontes: iconstruid colegios, escuelas y con ellas acabaréis con ésta y todas las bestias hasta el final de los tiempos!. Pronto habrá aquí una universidad, que por mandato de nuestro rey y señor será construida en su día. Lo que dicto en Alcalá en el año del Señor...”

–¿Todo eso ha dicho el corregidor?. –Preguntó un clérigo al que estaba a su lado; éste, hizo un gesto de duda y admiración.

Y saliendo de la sala, Don Diego Calzada mirando a unos y otros, repetía sonriente:

–¡Por el Cardenal Cisneros. ...Por el Cardenal Cisneros...!

Eran días de recolección. Extramuros, en las eras de San Isidro, las parvas se regaban con los sudores de campesinos y gañanes. En el aire se sentían los afanes de la trilla, llenos de cantos, voces, paja, grano, muelos, carros, palas y bieldos. Y según cuenta nuestro cronista, Cide Hamete Al-kalas, un trecho más allá, hacían cisco los carboneros, talando todos los árboles para aliviar el invierno. Moscas, mosquitos, tábanos, chicharras, saltamontes, grillos y toda suerte de insectos, rompían con sus vaivenes los bochornos del día y la quietud de la noche.

Aguadores de Puerta del Vado, recogían en cántaros y vasijas el hilo del agua que caía de las tres fuentes, que por entonces tenía mi vieja ciudad. A la hora del crepúsculo sonaban las campanas, mientras, una reata de burros, mulos, vacas y jamelgos, subía desde el río de abreviar la fatiga en las tranquilas aguas del Henares.

## A Z U L

Manuel Antonio Pizarro

Todos iban llegando puntuales a la cita. Les podía ver a través de la mampara de cristal que separa el asiento del resto de la estancia, una posición privilegiada desde donde poder presenciar el espectáculo, en primera fila, sin ninguna molestia, lástima que yo era el único protagonista de aquella representación, de aquel drama. Su lugar, la antecámara y el trono de la muerte: la silla eléctrica.

Aquello era una locura, no podía ser cierto. Todo parecía una pesadilla que hubiese traspasado la frontera de lo irreal para atormentarme. De pronto percibí la presencia de un hombre que apareció en la sala contigua. Tomaba posición ante el interruptor que en unos instantes acabaría con mi existencia. Llevaba el rostro cubierto como es norma en estos casos, pero aun así algo familiar hizo que le reconociera. Sí, era él. Ese defecto en su forma de andar le delataba y ... la mirada; esa mirada a la que una vez imploré esperaba a que lo hiciese una vez más, aunque esta fuera la última.

Paseaba calle abajo, como todas las tardes desde hacía tanto tiempo. Las mismas gentes, los mismos escaparates, el mismo ruido, y yo en mitad de todo aquello pasando inadvertido para todos, un cero a la izquierda, como si un buen día alguien me hubiese dejado caer allí y se hubiese olvidado de recogerme. Estaba solo. Pero aquella tarde seguía un rumbo fijo, abandoné la multitud de aquella avenida para dirigirme a la parte más antigua de la ciudad, lo que todos llamaban el barrio judío. Había decidido escapar de todo aquello e irme a vivir lejos de allí, a una casa en el campo, y para ello reuní todos mis ahorros de los últimos años y las joyas que mi madre me dejó al morir. En aquel barrio existía una casa de empeño donde me darían el dinero suficiente para conseguir la cantidad necesaria y alejarme de esto de una vez por todas.

El panorama cambiaba por completo en aquella zona de la ciudad. Desaparecían los gigantes de hormigón para dar paso a casas bajas, de dos o tres plantas a lo sumo, con sus puertas de madera y los marcos de las ventanas pintados de vivos colores. La gente caminaba con paso lento, apenas circulaban coches por la calle, aquí desaparecía el ritmo frenético de la masa que se movía convulsivamente al compás de los semáforos. Era extraño que en el corazón de la ciudad, con kilómetros

de obra humana que me rodeaban, tuviese la sensación de haber escapado de todo aquello.

Al final de la calle vi la casa que buscaba. Era un edificio de dos alturas con la fachada de la parte baja en madera y dos escaparates que pese a su cristalera no dejaban distinguir el interior, entre estos estaba la entrada a la que precedían tres escalones que hundían la puerta y obligaban a agacharse al entrar. La empujé y pasé al interior al mismo tiempo que sonaban unas campanillas sobre mi cabeza. Había una luz tenue pero se podía ver perfectamente. La habitación era pequeña, rodeada de estanterías en las que se amontonaban objetos y libros de todos los tamaños, en el centro de la estancia dos mesas repletas de antigüedades me separaban del mostrador. Llamaron mi atención unos volúmenes casi raídos que se apoyaban unos en otros en la parte alta de una estantería. Me aproximé para verlos. “Los desaparecidos caballeros del Temple”, “Tres caballos y un rey”. Me resultó extraño hallar este tipo de libros en aquel lugar.

Por la puerta que estaba tras el mostrador salió en aquel momento un hombre que me distrajo. Se dirigió a donde yo estaba, parecía cojear.

– Buenas tardes, ¿le interesan estos libros?

– ¡Oh no! No entiendo mucho de estos temas. Venía a ...

– A por dinero ¿no? ¿Qué es lo que quiere empeñar?

– Pues... yo traía unas joyas—. Mientras sacaba de mi abrigo el paño donde las había envuelto.

– Veamos.— Extendiendo su mano.

Le entregué el paquete y nos dirigimos al mostrador. Procedió a examinar las sortijas que tenía ante sí. Las miraba atentamente y de vez en cuando levantaba la vista y me observaba como si dudase de la honesta procedencia de la mercancía. Me escrutó con su mirada, era intensa, penetrante, me inquietaba y no podía sostenerla, miré hacia otro lado. Después de unos minutos me interrogó.

– Bien, así que tiene problemas y quiere dinero.

– No precisamente.

– ¿Entonces? —extrañado— Todo el que viene a mí, lo hace para escapar, como último recurso, de una difícil situación económica.

– Ese no es mi caso, yo quiero ese dinero para poder ser feliz. Aunque es un tópico que el dinero no da la felicidad, yo soy de los que afirma que puede ayudar a conseguirla.

Sus ojos se clavaron en los míos y parecieron echar chispas cuando oyó aquello.

– Ambas partes están equivocadas. El dinero, ni da la felicidad ni ayuda a conseguirla. La única forma de ser completamente feliz es comprando la felicidad.

– Sí, desde luego, el problema está en que la felicidad no es algo material con lo que se pueda comerciar.

– Cierto, pero al igual que el aire, que es algo intangible e invisible, lo hemos podido almacenar, se podría hacer lo mismo con la felicidad. Solo hace falta conseguir un soporte material en el que encerrarla para que pueda estar al alcance de quien la quiera comprar.

– Quizá usted piense así pero... es imposible. Y aunque así fuera si la felicidad estuviese al alcance de todo el mundo ya no sería algo deseable y perdería su encanto y valor.

– También tiene usted razón, habría que ponerle un precio muy alto, altísimo y venderla sólo a unos cuantos.

– Entonces sólo la podrían comprar los que fuesen inmensamente ricos.

– No. La podría comprar cualquiera si quisiera pagarla. Para cada uno tiene un precio distinto y cuando realmente se desea algo se consigue.

– No creo entenderle del todo pero en fin, esto es como hablar del color de los logaritmos. ¿Ha tasado ya mis joyas?

– Sí, le haré un precio muy especial. Le voy a dar a cambio la felicidad, siempre y cuando usted esté dispuesto a aceptarla.

– Por favor, no quiera engañarme, usted mismo ha dicho...

– Está bien, le pagaré las joyas. –Desapareció por la puerta de la trastienda y volvió inmediatamente con una cantidad de dinero que me pareció razonable.

Cuando me disponía a retirarme salió del mostrador tras de mí con su pierna renqueante.

– Espere, llévese esto. –Y me acercó una extraña piedra oscura del tamaño de una cajetilla de tabaco, con un segmento de un color azulado y con un brillo muy llamativo en una de sus caras.

– ¿Qué es? – pregunté ingenuamente.

– Algo que según usted es imposible que sólo de este modo podrá demostrarle que es real.

– ¡Ah! ¡No me diga que este es el envase de la felicidad! – dije irónicamente,  
– Y ¿cuánto contiene? Un litro, medio kilo de felicidad.

– Cuando se le acabe volverá a por más, se lo aseguro.

– Gracias, por este amuleto, aunque no creo que volvamos a vernos.

– Como dijo el Señor: “El que creyere se salvará; pero el que no creyere será condenado.”

Después de escuchar aquella última frase mientras cerraba la puerta de la tienda no me quedaba duda alguna de que aquel individuo estaba algo loco.

Salí de aquel oasis para introducirme de nuevo en la marabunta acelerada de la gran ciudad. Pero esta vez algo había cambiado, no me parecía tan horrible, seguramente era la capacidad de poder elegir entre seguir allí o emprender un nuevo camino, lo que me hacía ver las cosas de otra forma.

Cogí el autobús para ir a los arrabales de la ciudad, donde tenía mi casa. Era una vivienda modesta, una pequeña buhardilla que culminaba un edificio de seis pisos, en la entrada estaban dos coches de la policía en los que unos agentes metían a tres individuos. Lamentablemente era una imagen cotidiana en aquel lugar.

El ascensor estaba averiado, como casi siempre, y no me quedaba más remedio que subir por las escaleras. Cerré la puerta con llave. Dejé volar la imaginación y empecé a soñar despierto. Ya me veía en mi casa rodeada de montañas, saliendo por la mañana a comprar el pan y saludando al lechero. – Buenos días señor. ¿A por su botella de todos los días? – Sí. Buenos días. Muy amable. – Y al cartero – Buenos días, ¿hay algo en el correo para mí? – Buenos días tenga usted. Pues me parece que ha llegado una carta, si no tiene inconveniente más tarde se la llevaré a su casa. – Muchas gracias. – Por fin tendría un lugar acogedor, unos vecinos a quien saludar y un sitio en donde no pasaría inadvertido. Por fin iba a ser feliz, ¿o ya lo era? Hacía mucho tiempo que no tenía esa ilusión de la que ahora gozaba. ¿Es la ilusión el paso que precede a la felicidad o es parte de ella? Entonces me acordé del hombre de la tienda de empeños y de su talismán. Lo saqué del bolsillo y lo miré con atención, el segmento de color azul brillante había comenzado a perder su brillo por uno de sus extremos y me dije a mí mismo, ¡vaya talismán! ¡Además de inservible se estropea inmediatamente.

Tomé la cena y me acosté sin dejar de hacer planes para mi futuro.

El estruendo del tren al pasar por la vía elevada me despertó. Volví a maldecir aquella masa de hierros que cada mañana me devolvía a la realidad. Me vestí

rápidamente y me marché a la agencia inmobiliaria para concretar los últimos detalles de la compra que había estado gestionando a lo largo de la última semana. Aunque transcurrieran siete días desde que conseguí reunir el dinero, seguía teniendo la misma ilusión del primer día. Me ocupó toda la mañana y me quedé comiendo en un restaurante del centro con la intención de pasar la tarde paseando en barca por el lago del parque.

Anocheceía cuando me dirigía a casa, preferí ir caminando, despacio, con las manos en los bolsillos del pantalón, en uno de ellos noté en el fondo que algo pesaba, era el amuleto de la felicidad. Lo saqué y me paré para observarlo una vez más, no le había vuelto a prestar atención desde aquella tarde. El segmento de color azul ya no brillaba, ahora era de un azul de tono pálido, sin duda era una pintura que se deterioraba con facilidad.

Casi sin darme cuenta me encontré delante del edificio que ya por poco tiempo me haría las funciones de hogar, subí las escaleras pues el ascensor seguía averiado pero una gran decepción me esperaba al final del último tramo. Introduje la llava en la cerradura y casi sin empujar se abrió la puerta. El interior estaba revuelto, todo tirado por el suelo. Sin perder un segundo me abalancé sobre el cajón de la mesilla donde guardaba mi dinero. Tarde, demasiado tarde... Estaba vacío, me habían robado. No podía ser, ¿por qué a mí? ¿por qué precisamente ahora? Cuando sólo en un par de días me hubiera marchado. Caí de rodillas y rompí a llorar desesperado. Toda la ilusión y la felicidad de la última semana se tornaban ahora en decepción y desgracia. Ya no tenía dinero. Un puñado de billetes que saqué del bolsillo era mi único capital. Entonces cayó algo al suelo. Era la piedra. La miré absorto y un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Rápidamente lo comprendí pero no quería creerlo. Junto con su brillo se acabó mi felicidad. ¿Qué haré ahora para recuperar lo que acabo de perder? Cerré la puerta y salí corriendo escaleras abajo, tomé un taxi y me dirigí al barrio judío. Aquel renqueante loco tenía la solución y yo no podía perder el tiempo. – Aunque quizá a estas horas de la noche ya esté cerrada la tienda, seguramente viva en la planta superior y me oiga al llamar. – Pensé.

El taxi me dejó frente a la puerta, pagué y se marchó. No se veía luz alguna en las ventanas aun así llamé con fuerza aporreando con fuerza la puerta de madera. Nadie contestaba. Volví a llamar una segunda vez tan insistentemente como la anterior. Se iluminó el interior y oí como se corría el cerrojo. La puerta se abrió y ahí estaba él.



– Adelante– me dijo–. Le estaba esperando.

Aturdido y sin decir palabra crucé el umbral. Se colocó tras el mostrador y me preguntó.

– ¿Y bien?

– ¿Cómo que y bien?– respondí alterado–¿qué me ha hecho maldito loco?

– Cállese–con voz conciliadora.–¿Qué le sucede?

– Oiga, yo no sé quien es usted ni lo que son sus piedras y quiero que me dé una explicación porque estoy seguro que tiene algo que ver con lo ocurrido.

– Yo soy un simple comerciante y lo único que ha ocurrido es que yo le dí a probar un producto que usted ha estado consumiendo sabiéndolo o no hasta que se le ha acabado y el envase ha perdido su contenido. Cuando usted se come un tarro de mermelada no puede pretender que al día siguiente éste aparezca lleno otra vez; si quiere seguir comiendo mermelada deberé comprar otro.

– Pero es imposible poder vender la felicidad.

– Eso ya lo discutimos otra vez. Si se niega a creer en las evidencias se engaña a sí mismo.

– Entonces, ¿usted es el juez que dicta quién puede ser o no feliz? ¿No le parece macabro?

– No es así. Yo vendo la felicidad a quien la quiera comprar y a quien esté dispuesto a pagarla.

– Y ¿cuál es el precio que debo pagar?

– Depende cuanta quiera comprar. Sígame.–Invitándome con la mano a pasar tras el mostrador.

Nos encontramos en la trastienda. El iba delante de mí todo lo rápido que le permitía su cojera. Pilas y pilas de objetos que parecían antiquísimos nos dejaban un estrecho pasillo que finalizaba ante una vitrina en cuyo interior varias piedras como la que yo tenía estaban colocadas ordenadamente. La primera de todas era idéntica a la mía, con un segmento de un azul brillante grabado. Otra tenía un cuadrado, otra un exágono y así reproducían todas las figuras geométricas posibles sobre una superficie plana.

– Aquí están.– Mientras las mostraba con el orgullo con el que un artista da a conocer su obra maestra.

– ¿Y cuál es la diferencia entre unas y otras a parte de ese dibujo?

– Ninguna, eso es precisamente lo que las hace distintas unas de otras, su geometría. Ya sabe lo que dura el brillo del segmento, las demás se extinguen de forma más lenta, proporcionalmente al número de lados de la figura.

– ¿Y aquella del final? ¿La que tiene grabada una circunferencia?

– Ingenuo. La circunferencia, como la esfera, es la figura perfecta.

– Entonces ¿contiene la felicidad eterna?

– No. Se ha conseguido vencer a la infelicidad pero todavía está por librar la batalla para vencer a la muerte. Esa piedra contiene la felicidad para el que la posea y su brillo se extinguirá con la vida de él.

– Esa es la que yo quiero. ¿Cuál es su precio?

– El más alto de todos.

– ¿Cuánto? ¿Cuánto? Usted dijo que todo el que realmente quisiera podría pagarla aunque la cantidad fuese muy alta.

– Cierto. Si la quiere tendrá que traerme trescientos mil que será la primera parte de su precio y yo se la entregaré, luego, más adelante, ya le cobraré la segunda parte.

– De acuerdo. Reuniré esa cantidad lo antes posible. Mañana estaré aquí.

Salí corriendo de la tienda. Una tormenta mojaba la calle. ¿Cómo iba a reunir ese dinero? ¿De dónde lo sacaría? No importaba, tenía que conseguirlo de donde fuera y de la forma que fuera. No podía empezar a ahorrar de nuevo, la vida era corta y yo no aguantaba un día más en aquel basurero humano. Esa piedra me daría lo que quería y su precio no era tan alto. Un robo...Sí, con eso se solucionaría. Además ya tenía todo preparado para dejar la ciudad en dos días y nadie notaría mi falta.

Mientras me dirigía a casa iba pensando, había que planearlo bien pero rápido. Sí...ya está. Esa anciana que vivía en la tercera planta de mi edificio seguro que tenía en su casa la cantidad que yo necesitaba. Esa noche era ideal, los truenos amortiguaban los ruidos.

Llegué a mi buhardilla empapado, me sequé y me puse otra ropa. Esperé.

Hacía varias horas que había pasado la media noche. Me incorporé de la cama y bajé hasta el tercer piso, no me encontré a nadie por la escalera. Perfecto. Con un alambre logré abrir la cerradura y me introduje en silencio en la casa. Llevaba una linterna en la mano. Miré en el dormitorio, allí estaba durmiendo esa vieja decrepita que no necesitaba el dinero para nada, pero yo sí, yo aún era joven y lo necesitaba con urgencia. Aquello no era un delito, sólo estaba corrigiendo una injusticia.

Registré toda la casa, no encontré nada. Sólo me faltaba el dormitorio. Allí es donde tenía guardado su dinero. Me fui a la cocina y cogí un cuchillo, el más grande que encontré, por si acaso se despertaba. No podía correr riesgos. Sigilosamente comencé a abrir los cajones del armario, en ese momento el cuchillo se resbaló y cayó al suelo produciendo un ruido metálico.

— ¿Quién está ahí?— Le oí decir a la anciana. Guardé silencio y me quedé inmóvil. Se encendió la luz y la vieja que todavía tenía la mano sobre el interruptor de la cabecera de la cama, comenzó a gritar pidiendo auxilio. No sabía qué hacer, le grité que se callara pero ella seguía pidiendo socorro mientras se bajaba de la cama y se disponía salir de la habitación. Se escapaba, me atraparían y me encerrarían. Recogí el cuchillo del suelo y corrí tras ella. Estaba abriendo la puerta para salir a la escalera, me avalancé y le hundí el cuchillo en un costado. Los gritos dejaron paso a un gemido que se apagó cuando clavé repetidas veces aquel filo manchado de sangre. Se escuchaban rumores en la escalera, no podía salir, los vecinos, sin duda, habían oído los gritos. No sabía como reaccionar. Estaba arrodillado, cubierto de sangre y con el cuchillo en la mano. La gente llamaba a la puerta para averiguar si algo le sucedía a la anciana. Por ahí no podía escapar y la ventana estaba demasiado alta para saltar a la calle. Las sirenas de la policía se acercaban, no tenía salida. Derribaron la puerta y me detuvieron.

Adiós a la felicidad. Adiós a todo. En unos segundos todo habrá acabado. Allí estaba él. Él es el psicópata y no yo. Yo soy la víctima y no el asesino. Se hizo el silencio, se acercó cojeando a su lugar. Iba a cobrarse la segunda parte de la deuda. Estiró el brazo y pulsó el interruptor.

# TRAGEDIA DEL MICRÓFONO AVERIADO

Luis de Blas

Dedicatoria:

“¿A quién voy a dedicar este elegante y nuevo libro  
recién alisado con la áspera piedra pómez?

A tí, Cornelio, pues tú eras quien solías  
dar algún valor a mis poesías de ocasión,...

1

Devuélvame la paz, si sólo pido  
la voz que dulce mane y sabiamente.  
Sólo un claror de lengua suficiente  
sea trino sin ser de ave sonido.

Alumno de lo visto y de lo oído,  
cazo al trazo de tiza el quid docente  
sabiendo el corazón que, inútilmente,  
pierdo la paz en guerra con el ruido.

Alguien habrá que a devolverme acuda  
– al fiel compás de la tecnología–  
la musicalidad acostumbrada.

Y oyente de una vez seré, sin duda,  
docto varón de la Fonología  
“estando ya mi clase sosegada”.

2

¿Dormirme yo en los brazos de un morfema  
arrullado en su lírico zureo?  
A tanto desencanto hago un tanteo  
propio de ser rotundo epifonema.

Sabré a la luz disciplinar extrema  
— facultado aprendiz de alto mosqueo—  
hincar el codo mas, de oír, no veo  
la acústica razón, claro el dilema.

Oh, Fabio, esto que ves y que me duele  
su ayer preclaro tuvo, como suele  
siempre ocurrir si miras nuestro entorno.

Suena, ahora, y no suena, en triste ruina.  
¿Después? Fabio, no sé, mas se adivina,  
emérito, un micrófono de adorno.

3

Si a cabañas bajé, si llevo a gala  
subir palacios si al vivir acudo  
y tengo en la Fonética hecho un nudo  
del hilo negro que su son propala...

Si al ir del coro al caño y vuelta cala,  
gota a gota, la piedra en que me escudo  
hará un milagro el agua si es que pudo  
horadarme la ciencia colegiala.

Tenorio —ya sin caso— oír quisiera  
en mi cátedra de melancolía  
dar a un doctor/tenor su do de pecho.  
Mejor que en aparato con ronquera  
su lección magistral impartiría  
al canto, el profesor, por lo derecho.

y 4

¿Rezar a San Ciriaco y Santa Paula  
y del cielo esperar mi trompetilla?  
Vive Dios, que no acierto a describilla  
grandeza tanta para cuánta maula.

Obseso en la audición, preso en su jaula,  
vivo en el limbo a la insonora orilla  
del río que me riega en carrerilla  
de fonemas flotando por el aula.

Suspense, vedme, —¿quién?— oigo un latido  
reclamándome: ven y tez sonriente  
me invita al grave estrado enmudecido.

¿Y el micrófono? Igual, impenitente,  
Fabio, sin ton ni son y sin sentido  
su trono ocupa, reina eternamente.

CO L U M P I O

A R R I B A

co L u m p l o

A B A J O

S U B E  
S U B E

b a j a  
B A J A

¿Quiero coger la LUNA?  
no

m o r i r é a n t e s

¡Ay!

¡sí!

que se me

es ca pa

S U B E

es t i r o  
Los d e D o s

i n t e n t a n d o

t o C a R A S U

c a R A

B L A N C A

B L A N C A

B L A N C A

i n t e n t o

T O C A R L A

P E R O

T Ú

C O L U M P I O

I N G R A T O

N O

= M E

A C O M P A Ñ A S

## LA VEJEZ DE DON JUAN

Jesús Izquierdo García

El reloj dio las doce  
una vez más,  
mas yo sigo aquí sentado, esperando  
la hora de mi final.  
Ya no le daré más cuerda,  
ya nunca más,  
ya no lo necesito  
torturándome sin cesar.

Hace tiempo que vivo muerto,  
esperando un milagro que no llega.  
No hay, para mí, más primavera,  
ni llega, hasta mí, la luz.  
Y vivo sombrío esperando el paso de alguien,  
de alguien que nunca llega.  
Cuando lo único que ocurre es el tiempo,  
yo desfallezco bajo su mudo yugo.

Y deambulo por los oscuros rincones de mi casa,  
entre sus sombras familiares, mi sombra se disipa,  
sus recovecos conozco de memoria,  
entre los muebles, en la penumbra, me muevo  
y me escondo de mí mismo detrás de una cortina,  
de mí mismo me horrorizo.  
Mientras tanto, el mundo es y un pájaro trina,  
pero yo ya no lo siento, no lo percibo.

¡De qué me sirvió escalar balcones,  
trepar hasta las cornisas,  
visitar conventos,



alardear en las tabernas,  
herir de amor a tantas jóvenes indefensas,  
para no sentir nada, nada por ellas!  
¿Para qué hice esas cosas si ahora estoy abandonado?  
¡Ay! Si alguien bajase a estar conmigo...

Conflicto interior que me devora.  
Mi alma se estrella contra las paredes,  
mi cuerpo es una mazmorra sucia y hedionda.  
Pienso. ¡Qué nefastos, secertos placares!,  
que ni secretos, ni placenteros eran,  
me tienen aquí, pensando en idioteces,  
que fueron, que ocurrieron para nada, por nada...  
más de cien veces.

¡Qué fácil le resulta al anciano filosofar!  
¡Qué fácil negar la vida cuando es lo único  
que se puede perder!,  
cuando las ilusiones desaparecieron hace mucho.  
¡Qué fácil sin pasiones!  
Pero, antes de que esto suceda, ¿quién puede sustraerse  
al placer de la fanfarronería,  
a la estupidez insensata, sin límites ni fondo?

Mas, ahora, de la nada  
filósofo soy;  
niégolo todo. Es mi venganza.  
Yo soy juez, arte y parte, tú mi dulce castigo, mi verdugo,  
mi única amiga, mi amante. ¡Para ti, mi alabanza!  
Mi cuerpo será el abono de tus pastos, ¡oh turbia muerte!  
¡Ven! Te espero...  
Ya no estaré solo nunca más.

ISSN: 1134-0193

Depósito Legal: GU-89/94

Imprime: Comunicación Gráfica COMORVA S.L.

Todos los derechos reservados.

Esta publicación puede ser reproducida, en todo y en parte, sin el permiso previo por escrito de la Comisión gestora.

